

LA PASCUA DE LA LIBERACION

No tenemos problema de rezar en el Credo de la misa: "creemos en la resurrección de la carne". Lo hacemos, muchas veces, sin pensar. Tampoco tenemos, habitualmente, mucha dificultad para creer en la resurrección de Jesucristo.

Aceptamos que aquel anuncio deber ser cierto, porque así lo dicen los evangelios y la Iglesia siempre lo ha enseñado así. Total, es algo que ya pasó hace casi dos mil años y no vale la pena quebrarse la cabeza en asuntos que sólo preocupan a los teólogos. Un poco distinto es la cosa respecto a nuestra propia resurrección, si la reflexionamos de verdad. ¿Cómo será esto? ¿De qué manera seguiremos viviendo? ¿Y dónde? Pero los problemas cotidianos son tan urgentes y absorbentes, que no queda mucho lugar tampoco para este tipo de especulaciones. Y de toda manera es algo para después, para el "más allá", y como sea, se arreglará.

Todos los cristianos en el mundo coincidimos que la Pascua de Resurrección es el misterio central de nuestra fe. Por lo tanto Pascua también es la fiesta central de nuestra liturgia (aunque estemos más familiarizados con el cuadro dulce, solemne e idílico de Navidad).

No es casual el hecho de que el evangelio relaciona y vincula la muerte y resurrección de Jesús con la conmemoración de la Pascua de los judíos, que es a la vez la conmemoración de aquella primera Pascua de liberación en Egipto. En el pueblo quedaba viva la memoria de ese acontecimiento, donde "Dios oyó el clamor de los oprimidos" y se puso al frente para conducir el camino hacia la libertad, hacia la "tierra que fluye leche y miel". Sin embargo, la celebración de los judíos había perdido este carácter combativo que tenía en ese entonces y se convirtió en una solemnidad meramente religiosa, en una tradición.

Jesús en cambio le devolvió todo su contenido liberador, más todavía, despejado de todo marco tradicional, litúrgico y ritual, en el sencillo gesto de compartir el pan y el vino, él habla de una alianza nueva y eterna. Es decir, Dios mantiene su propuesta, su proyecto de la vida, de la libertad, de la justicia y de la paz. Dios no se había olvidado de su pueblo, ni de todos los pueblos oprimidos. Y Jesús viene a realizar una nueva alianza. Nueva, porque profundamente purificada de toda la mediocridad y falsedad que rodeaba y marcaba el templo de Jerusalén con su dominio sacerdotal. Eterna, porque esta vez definitiva, indestructible.

Nada y nadie podrán nunca más detener el camino de la liberación que él mismo consagró y selló con su pasión y su muerte: el camino hacia la libertad para todos los condenados de la tierra.

Como el pueblo de Israel en Egipto y en el desierto conoció al Dios verdadero, porque él defendió la vida, así conocemos y

**Escribe
el P. Leo Wetli**

reconocemos a Jesucristo verdadero donde se lucha por la liberación, por un mundo nuevo, por su Reino.

Jesús no predicó la resignación ni murió por la reconciliación, como lo quieren entender y hacernos entender algunos falsos pastores que pretenden hablar en su nombre. Jesús asumió la soledad, la tortura y el sufrimiento, pero no se reconcilió con la muerte de los perseguidos, oprimidos y explotados, sino que la superó en la entrega de su propia vida en el compromiso liberador.

Jesús no puso "punto final" a las atrocidades y crímenes cometidos, sino los venció con su anuncio de justicia, donde al final "no quedará piedra sobre piedra" de esa construcción de mentiras, engaños y complicidades (y se refirió al templo cuando lo dijo).

Por todo eso era tan peligroso en los primeros siglos, hablar de la resurrección de Jesucristo. Porque este mensaje hizo recordar que Jesús no está muerto, que en definitiva las fuerzas del mal no pudieron con él, que el Dios de la Vida sigue alentando todos los que luchan por la igualdad, por la dignidad, por la fraternidad. Y más aún, hasta en nuestros días es angustiante para muchos, pensar, que todos los que han muerto por la misma causa que Jesús, en realidad no han muerto. Los miles y miles de desaparecidos en este continente, los que murieron silenciados, incomunicados, destrozados en las noches oscuras de las cárceles clandestinas. En realidad no han muerto; resucitaron, siguen vivos en medio de nosotros, en medio de nuestras luchas, en medio de las luchas de nuestros pueblos. Y la re-surrección significa la in-surrección de todo el poder de la muerte, acumulado también a lo largo de la historia, y hoy presente en toda esta maquinaria destructora del capitalismo imperialista.

Cristo ha resucitado, es cierto, y con él toda esta fuerza de la vida. La Pascua de la liberación es actual: el Dios de la vida existe. En nuestro compromiso Jesús nos propone su alianza: nueva y eterna, purificada y definitiva, indestructible.

